

HAY QUE TOMAR MEDIDAS

Cuando me pidieron desde la central de mi empresa que acudiera a proporcionar mis medidas biométricas, me eché a temblar. No me gusta compartir mis intimidades con cualquiera; o sí, pero tengo que elegir yo a ese cualquiera. Me veía medido, pesado, radiografiado, auscultado y fotografiado. Peleándome con la encargada por un quítame allá, o dame aquí, algún “centímetro”. ¿Con qué finalidad, para qué tanta medida? Conseguí tranquilizarme y no diré cómo. Acudí a Internet, una vez tranquilo, para averiguar el significado de semejante invasión. Encontré la siguiente definición: “La biometría informática es la aplicación de técnicas matemáticas y estadísticas sobre los rasgos físicos o de conducta de un individuo, para “verificar” identidades o para “identificar” individuos”. O sea que, después de 10 años, en mi empresa necesitaban corroborar mi identidad. No sabía si tomarlo como un elogio o como un insulto. Que eso de que me gusta pasar desapercibido no es más que una pose, ¡joder, que hay que decirlo todo! Ya tenían mi nombre, fecha de nacimiento, domicilio, salario y cuenta bancaria, ¿qué más querían ahora? En cuanto a las medidas, sólo conseguí ejemplos y nunca un listado exhaustivo; con lo que no logré saber de qué rasgos querían tomar las dichas medidas. La lista aumentó en mi cabeza con el enfado, y un universo de atributos, de cualidades, de cantidades, de odiosas comparativas e intervalos, en todas sus combinaciones, aplastaba mi cerebro desde su interior. Supuse, por liberar presión, que esos rasgos deberían de ser estables, para identificarme en cualquier momento o lugar. Aunque, la verdad, yo intuyo que mi identidad es cambiante a pesar de la estabilidad de alguno de mis rasgos (o quizás, precisamente por esa estabilidad trata de huir de ellos, para no encasillarse, vaya usted a saber, que hay identidades muy raras). Por tanto, y si esto es cierto, todo el proceso carecería de sentido; pues, si intentan identificarme por los rasgos estables, dentro de unas semanas estarían identificando a un tipo que poco tendría que ver conmigo, a pesar de que esos rasgos coincidieran. Si les propongo que tomen medidas de otros rasgos, más acordes con mi identidad cambiante, tendrían que tomarlas casi a diario, con lo que se me complicaría la vida aún más. Así que, en este punto, entraba a

debate si trasladaba esta idea o me callaba. Si hablaba, me tomarían por imbécil. Mejor callaba, y que sólo sospecharan.

A los pocos minutos pensé que, con una medición exacta como ninguna, podrían dar con mi auténtica identidad. Sí, la que llevo 40 años buscando, y sin encontrar, entre facturas de terapias y trípticos de cursos de “crecimiento” en general. Esa de la que me escondo, detrás de las mismas facturas y trípticos. Imagino al departamento central teniendo acceso diario a ella y yo por ahí perdido en un devenir de identidades, cuando la verdadera, la más estable, está en la base de datos de personal de mi empresa. Yo dando discursos a mis pobres y sufridos amigos sobre la importancia del devenir sobre el ser, de la corriente sobre el río y otras metáforas, tan “ad-hoc” como manidas. Cuando al final mi yo inmutable está en un disco duro, con una extensión BMX o algo así. Vaya pérdida de tiempo, por no hablar del ridículo si alguien se enterase. Pensarían que soy imbécil.

Porque... y me asaltó la duda. ¿Qué harían con mi identidad cuando yo deje esa empresa o durante mi estancia en ella? ¿La traspasarían a la siguiente, la guardarían celosamente, la destruirían (Arggggh) o la utilizarían para amenazarme con publicarla si no me pliego a sus demandas? Cualquiera de las preguntas me inquietaba aún más que sus respuestas, a las que intenté agarrarme en busca de tranquilidad. Me imaginaba a los tiburones de recursos humanos mostrando a mi novia, con quien pensaba pasar el resto de su vida, haciéndola desistir de nuestra boda y hundiéndome en la miseria. O lo que sería peor, destruyendo mi identidad absoluta con un DELETE, que seguro deleitaría a más de un@. Y yo sin posibilidad, tras esa destrucción, de encontrar mi grial. El traspaso de identidad a otra empresa, además de no descartar las anteriores, me impediría un anhelado “empezar de nuevo”, en un lugar en el que no me conocieran y, por tanto, en el que me soportarían aunque sólo fuera al principio. Como ven, las respuestas no eran más esperanzadoras que las preguntas. Una auténtica hecatombe se cernía sobre mi cabeza, sobre mi presente y sobre mi futuro. ¡Alma de cántaro!

Había que hacer algo al respecto, tomar medidas drásticas. ¡Eso!, bueno no, no, ¡medidas no, joder! ¡Ah!, ya lo tengo. Tenía que tomar una determinación (no sabía muy bien qué quería decir eso, pero sonaba tajante). No podía dejar que

esos tipos encorsetados hiciesen lo que les diera la gana con mi identidad. ¡Hasta ahí podíamos llegar, qué se habían creído! ¡Era mía!, aunque yo mismo no supiera muy bien cuál fuera, qué fuera o para qué fuera.

¿Fuera?, ¿fuera? Quizás mi identidad estaba dentro y yo estaba echando balones fuera para no encontrarla y por eso no daba con ella. Sea como fuere, siempre acabo escaqueándome cuando mis reflexiones llegan a ese punto. No sé... quizás me temía lo peor, que no me iba a gustar. Porque...vamos a ver, si hubiera querido encontrarla, con el tiempo y el gasto invertido ya habría dado con ella. Eso si existe, porque, ¿y si no existe?, ¿eh? ¿Y si no somos más que un epifenómeno sobre una base neural? (de nuevo la angustia). Estos tíos me están haciendo la puñeta con las medidas esas ¡Yo sólo quiero dormir! ¡Que me dejen en paz! Me lamentaba y suplicaba, entre la ira y la angustia, cuando vi la solución. No estaría mal dejarlos, a ver si la encuentran entre tanta medida, y una vez hallada siempre me la podría mostrar alguien en el ordenador central. Pongamos que me gusta ¡Joder, pues me la copio! Me resultaría fácil, al fin y al cabo es mía ¿no? Por el contrario si lo que veo no es de mi agrado, pues me atengo a la ley de protección de datos y exijo que la borren. Y me quito de encima semejante losa ¿No querían medidas?, ¡pues que me las tomen todas! Bueno, pero sin comparaciones humillantes. Eso haría, eso hice. El alba dio claridad a mi sueño.

Al día siguiente (qué optimista) sin apenas dormir, llegué a la sección encargada con retraso. Tras saludarme correctamente (que serán unos cabrones pero, eso sí, muy educados) me pidieron que pusiera el dedo índice de ambas manos sobre un sensor similar a un ratón de ordenador. Me tomaron los datos personales y... hasta luego. Pero vamos a ver, ¿esto qué es?, ¿mis datos y un miserable par de huellas es lo necesario para que puedan encontrar mi identidad? Me sentí insultado. Exigí una medición más exhaustiva. Una fotografía digitalizada del iris, al menos una foto de perfil, o un cabello, sólo un cabello, aunque luego lo tiren ¡No sé... pero algo! – lloré, creo que lloré-. Algo que, aunque no arrojara luz sobre mi identidad, al menos justificara... ¡la puta noche de insomnio! Y sólo querían una mierda de huellas... Y les llamaban medidas biométricas, ¡aparatosos!

Aquí me tenían ustedes, suplicando por aquello que, en principio, había intentado evitar; y no ya por mi identidad, que en esos momentos me importaba un huevo, en un plano conceptual, claro; si no, sólo por no parecer más imbécil ante mí mismo. Así las cosas, conseguí más de lo que esperaba, también conseguí... quedar como un imbécil ante ellos. Al darse cuenta de que hablaba en serio dejaron de reírse en voz alta. Me explicaron, con la paciencia y claridad con la que se le explican las cosas a un tonto, que a la empresa le importaba un carajo la identidad de los trabajadores, que lo único que pretendían era cerciorarse de que la persona que ficha por las mañanas no le ha dejado la ficha a otro para que lo haga. ¡Que además, recordé, era lo que yo había hecho ese día con una compañera! Todavía reverbera en mis oídos su risa contenida. ¡Cabronazos, siempre jodiendo!

Está bien, había hecho el imbécil ante los de la central, que es como hacerlo ante toda la empresa. Las redes de comunicación para estos casos funcionan mucho mejor de lo que yo deseaba en ese momento. Pero, aún podía lavar mi nombre. Sí, eso de tomar la huella como si la empresa fuera la comisaría era un abuso, un claro abuso. En esto parecía estar de acuerdo todo el mundo (buen argumento para no parecer imbécil, aunque sí para serlo, pero... sin que se den cuenta). Esta vez sí que era el momento de tomar medidas. Se van a enterar de lo que es tomar medidas –musitaba yo con los ojos entreabiertos, en un claro gesto de venganza–. Tenía que hacer algo que permitiera a mi nombre y a mi prestigio volver al lugar que merecen (que no sé muy bien cuál es. Ni quiero saberlo, oye). Que todo el mundo se enterara de quién es este tío, pero con discreción –pensaba mientras sonreía con una mezcla de rabia, ironía y rencor–. Esta vez con media noche de insomnio fue suficiente.

Ya lo tenía. Para empezar publicaría un mensaje en la red interna que ridiculizara tal pretensión, algo impactante, ingenioso, que no dejara a nadie frío, que revelara lo desproporcionado de la medida. No, mejor disparatado, que lo de “medida desproporcionada” da mucho juego. La otra media noche de insomnio fue para redactar lo que sigue:

“En lugar de pedirnos medidas biométricas, podían pedirnos también fluidos corporales. Imaginemos que cada mañana en lugar de estampar nuestra huella sobre el sensor de

detección, pudiéramos lanzarle un esputo flemático o directamente eyacular sobre él. ¿Qué, no te quedarías más a gusto?”

Desde luego no sé si dejó frío a alguien. Pero calentó bastante a los encargados del proyecto que, sea por su falta de sentido del humor, sea porque les habían tocado ya mucho los cojones con el tema, no comprendieron el mensajito. “¿Se me fue un poco la mano? Chico, ¡qué quieres que te diga!, me salió así”. Como tuve que dar mi nombre a la hora de enviarlo, para salvar mi reputación, todo el mundo supo quién lo había escrito. Lo había conseguido, ya no era un imbécil, ahora además, era algo reconocido por todos. Huyendo de la mala reputación que yo solo, y sólo yo creía haberme creado, me forjé una infame. Esta reputación pasó a suplantarme como un ladrón de cuerpos (de esos que salían de sus vainas). Pero eso sí, he conseguido la forma de buscar mi identidad. Sólo tengo que... ¡seguir las huellas!